

agudo, en tanto que el perro del vecino ladra furiosamente calla el perro cuando ya el guajolote, decapitado y sin plumas, chirría dentro del ardiente horno de la panadería cercana al lugar del despojo; botella, aligerada de contenido por continuas libaciones, pasa de mano á mano entre los nocturnos é incógnitos cenadores; el olorcillo de la carne asada del pavo se entra tentador por el olfato despierto, haciéndole un agua la boca y agitándole el estómago con las sensaciones del hambre á quien en ayunas lo oliere.

La cena concluye dentro de la propia panadería; la osamenta, monda de carnes, se arroja al basurero, que en tal convierten los vecinos el medio de la calle; aléjanse los trasnochadores, canta el gallo en la rama, aulla el perro en el corral, la luna alumbra plena y la ciudad duerme tranquila.

Amanece: el sol riente despierta á los pájaros en las frondas y abre las campanillas y los brotes en las empinadas y ruinosas tapias; el pavo es llamado por modo onomatopéyico en el extenso patio para aventarle los últimos granos de maíz, con los cuales caerá en la celada y por ella en la sartén; pero el ave de corral no atiende al llamamiento mimoso; la familia toda se echa al patio en busca del rico bocado; ni entre los *chaparros* que se enmarañan debajo de los limoneros, ni en el patio inmediato, ni en parte alguna se encuentra pieza muy preciada; de allí á poco la maritornes—conocedora del robo de la gallinácea—señala la cerca agujereada: ¡por ahí!—exclama extendiendo el índice—Este descubrimiento saca de quicio al papá y á las muchachas de la casa, que gritan desafortadamente:

¡Se lo robaron!

¡Ladrones!

¡Aquí no hay *polecías*!

¡Aquí *naiden* vigila!

¡Y *pá éto* paga uno alumbrado y *contribución*!

Y por aquel día se aguló la fiesta á una humilde familia que esperaba comer á manteles en pascua florida, ya que había comido de vigilia toda la semana santa!

VIII

La Barbería

MUCHAS veces voy, sin que mi persona necesite del arreglo de la barba ó del corte del cabello, á la barbería del Portón.

Es un cuarto pequeño que da á la plaza antigua del mercado; un rincón caluroso en el verano y frío y desabrigado en el invierno; pero muy popular y conocido.

Ahí concurre la gente obrera y aquellos que vienen del otro lado del Papaloapan, ó de río arriba, trayendo legumbres, verduras y otras especies de comestibles para expendierlos, desde la madrugada, todos los días; también hay otros muchos individuos que van á hacerse la barba y á cortarse el pelo.

No obstante tan numerosa clientela, el maestro barbero no suele necesitar de oficiales, él solo vigila su establecimiento; sin quitar ojo de nada, afeitada, pela, peina y.... habla.

En esta *casa* un verdadero prodigio; piénsese en un cuadrilátero de tres metros de largo por dos de ancho, tapizado con papel de fondo gris flordelizado; arriba, cielo raso de manta y florón en él, del que pende por febrero lujosa araña de cristal; dos espejos de marcos dorados con grandes y tersas lunas, viéndose entre ellos lámpara con brillante reflector; una repisa corrida con cubierta de mármol; dos sillones, que, en límite tan reducido, marcan las fronteras de la fortuna; pues en uno, por ser forrado de terciopelo carmesí y de manufactura americana con patente de automático, paga el marchante por barba veinticinco centavos; y en el otro, de cedro, con respaldo y asiento de *ojo de perdiz*, sólo cuesta el aliño barberil dieciocho centavos; así el maestro ha separado dos elementos sociológicos sin perjuicio de sus intereses ni mengua de la vanidad humana.

Sigamos con la barbería: el piso es de madera; viéndonos en los espejos, al lado derecho, tenemos una rinconera, que contiene frascos de aceite, botes de pomada, cajas vacías que sirvieron para guardar *jabones de olor*, amén de un reloj microscópico, niquelado, igual en exactitud al de Pamplona; en orden de sucesión sigue un aguamanil, con tapa de mármol de Orizaba, aguamanil en que los clientes se lavan las manos y el maestro también, aunque no como Pilatos; cuatro *silletas* de caoba puestas en donde caben; y una silla para pelar niños, que semeja alzarse de puntillas por entre un montón de libros y utensilios de encuadernar, cerco forzoso para una tinaja fresca y barriguda, escondida detrás de la única puerta que sirve de entrada al establecimiento; abierta la puerta, sirven sus hojas, altas y anchas, de biombo para ocultar á miradas indiscretas—y más que indiscretas, curiosas—la percha de uso particular para colgar una capa española con vistas de peluche rojo, lujo y cobija del barbero en las mañanas frías y nebulosas del invierno; por bajo de la prenda de abrigo asoma una prensa de mano parte de sus brazos, medios ocultos entre una montaña de librosrecien-

temente encolados, despidiendo los tales un olor muy poco agradable; en el propio lugar, y enclavadas en la pared, lámparas que se encienden por días extraordinarios, y en las partes que quedan sin enumerar, menudencias que tienen aplicación en momentos dados, no contando en ellas un almanaque, de esos que llama el comercio *exfolidores*; á mano izquierda del que entra á verse en el espejo—que muchos por eso visitan diariamente la barbería,—se abre una ventana con vista al río, al pie de esta ventana descansan dos cajones, uno sobre de otro; éstos corren pareja con otras tantas sillas puestas de lado á lado de ellos esos cajones en las habilidades del barbero son mesa improvisada de la que se usa cuando el maestro tiene que coser, ó pegar, ó cortar este ó aquel libro encomendado á su destreza de encuadernador; porque hay que advertir, para mayor mérito del barbero, que en sus ratos perdidos encuaderna libros, siendo capaz de encuadernar en piel humana la misma obra con que fué obsequiado.—por el áusula testamentaria—el poeta, astrónomo, espiritista y filósofo Flammarión; sirve, así mismo, la tal mesa—le daremos nombre honesto—para jugar dominó con los desocupados visitantes en las horas en que las manos están quietas; para limpiar sobre ella las lámparas y alimentarlas de petróleo todas las tardes, para comer sin manteles, ya un tamal humeante, ya un tasajo asado en la candela de la *garnachera* contigua; ¡vaya, que parece cosa de cuento que en una mesa muy pequeña y más improvisada se hagan tantas cosas!

En los días sábado y domingo, acude la gente á arreglarse la barba y acicalarse la cabeza; obreros que acaban su tarea y que han percibido la *vaya*, se rasuran en la noche,—con heroísmo espartano cuando hay mosquito,— para amanecer el domingo con cara rapada y alegre, cara nueva, donde el aseo es una coquetería; personas menos ocupadas se rasuran el domingo, quedándoles el derecho de ir en la tarde, vestidos de repicar recio, á hacerle el nudo de la corbata ante el espejo del barbero.

Sucede á veces que están las cuatro *silletas*, donde se hace antesala barberil, ocupadas por individuos que esperan pacientemente y con locuacidad su turno; el barbero no se dá punto de reposo; enjabona, pasa la navaja con ra-



pidez, y aun con cuidado, por la piel restirada del cliente; habla, se ríe, suda y sopla; los que esperaban bostezan, ó se entretienen con hablar mal del prójimo, de las pasadas elecciones, de las próximas fiestas, de la noticia del día, conta la con gracejo y comentada con malicia; ó cada quisque trata de sus negocios particulares, que maldito lo que importan á los barbudos sentenciados á la rasura; por cortesía el barbero usa darles algún libro para que lean, ú otra cosa más pronta, aunque menos productiva: un consejo; es-

to lo hace sin duda para que callen y lo dejen hablar á él, que parla por todos; siempre encuentra recurso para detenerlos, y no le faltarían manos para rasurar hasta á un regimiento; pero á condición de que sea como el de la Reserva de aquí, que cuenta fueron lampiños de barba, largos de piés y en número no llegaron á cinco.

Los concurrentes de diario son contados, como que son bastantes para caber dentro de la barbería: mi amigo el periodista, que de continuo habla con el maestro de escuela del último artículo que escribió; el comisionista en libros, que dá noticias de la flamante obra puesta á la venta en la librería de Ballezá, ó anunciada en el boletín de Araluce; el platero, que sequeja del alto precio del oro y de la falta de trabajo; el zapatero de viejo del portón, que suele dormir las borracheras en una silla de espaldas á la puerta, con sueño profundo acompañado de silbantes ronquidos: el barbero oye á toda esta vecindad y con ella ríe; mas sin dejar mano de su obra, trabaja y trabajalo mismo encuadernando que afeitando; su barbería viene á ser una especie de alhóndiga; pues á ella llegan los madrugadores á depositar abrigos, envoltorios, tenates, faroles, remos, galápagos, pájaros, tortugas, para recogerlos á la hora de salida; tampoco sería extraño ver entregar cartas para fulano ó para mengano con este domicilio: «Barbería del Portón,» y están igualmente seguras como si trajeran por dirección cualquier apartado postal.

Recuerdo de cierta vez —en que encomiaba mi amigo e comisionista en libros la monumental edición de «México y su Evolución Social,» —éste percance sucedido en la barbería:

Se rasuraba un marchante de á dieciocho centavos; ya tenía afeitado el carrillo izquierdo y faltaba el diestro; ponía el barbero la navaja para comenzar el lado derecho, cuando el rasurado se movió repentinamente gritando ¡¡ay!!

—¿Qui'ubo!

—¡Pué qué me ha cortáo!

CAPITULO II. BARBERIA

—¿Pá qué se mueve, crijtiano?

—Pué pa qué tiene osté ese ruido debajo la silla?

Y un galápago, caparazón boca arriba, pataleaba ruidosamente, aprisionado entre las patas de la silla, por verse impedido para andar.

Me extrañaba que el barbero no sacara muelas, ni aplicara sangrías, como lo hace todo Figaro de pueblo; pero preguntado que fué, me contestó convencido:

«Desengáñate, con eso de las *sacaás* de muelas corre uno *muncho* riesgo; puede uno sacarle á cualquiera la quijada y lo meten á la gayola, y también te juro que con los gritos de *lo cliente* se me espantan *loj marchante...*»

Esta barbería no necesita de rótulos pintados con letras muy gordas y vistosas por encima del dintel, y le sobran los llamativos apéndices en inglés y en francés:

BARBER SHOP

SALON POUR LA COUPÉE DE CHEVEUX

Porque por delante de su puerta toda la población pasa á la plaza del mercado; porque los que traen en litigio asuntos municipales hacen allí antesala, aprovechando el lugar para esperar al Juez, al Alcalde, al Tesorero, y á los Secretarios del Honorable y de los Juzgados de Paz; pues la escalera del Palacio Municipal — que por olvido del arquitecto se quedó sin portón, cuando el público se esperaba una Puerta Otomana; — está frente por frente de la barbería, sirviendo esta á maravilla para ver á los que bajan y á los que suben sin necesidad de preguntar al portero.

Además, la barbería tiene el atractivo del chisme de los parroquianos, que es el condimento de conversaciones de corrillos en ciudades donde el sol sale siempre por la misma parte y los vecinos parece que comen en el propio plato.....

Por algo el barbero de la Mitología enterró en un hoyo el secreto del rey Midas: para que las cañas al reparirlo dieran fama larga y duradera á los barberos todos del Universo de ser unos solemnnes parlanchines!



IX

La Polaca

No investigaré el origen del nombre de un juego *honesto* que ha entretenido á nuestros bisabuelos y que probablemente divertirá á nuestros choznos; tarea es ésta, peliaguda de suyo, que dejo á la erudición de los etimologistas mientras me ocupo en hablar de la *polaca*.

Quando se acerca la feria de Candelaria, frente á la iglesia parroquial se levantan barracas con techo de blanca manta y forradas de grueso petate *chipileño*; dentro de ellas se ponen unos *burros*, sobre de esos pacientes de madera anchas tarimas, y laterales á ellas, banquetas largas y angostas para colocar á los jugadores. En el fondo de cualquiera barraca se distingue, por su abultado vientre, un baúl en que se guardan los cartones; del techo cuelgan grandes faroles de hoja de lata, alumbrado imprescindible para las noches de jugalar: un tonate sirve para guardar los granos de maíz, artículo para uso exclusivo de los jugadores en el momento de *correrla*: estas son las mentadas *polacas*.

En la feria se juega de día y de noche: á toda hora.

Una vez que han pasado los ocho primeros días de febrero, las jugadas son nocturnas diariamente y diurnas sólo los domingos; las *polacas* duran hasta terminado el Carnaval; pues la autoridad manda suprimirlas dizque en bien del ornato.

CAPITULO DE LA POLACA